



XV.

EL VERDADERO FONDO DEL CENAGAL.

ASI al mismo tiempo que Gori6n y Carpio hablaban en la calleja lo que puntualizado queda en el capitulo anterior, Patricio y Gildo, sentados en el poyo del portal de su casa, departian al tenor siguiente:

Y decia Gildo:

—Ya que platicamos de esto, vamos, padre, como el otro que dice, á ver si nos entendemos.

—Habla, hijo, habla, que bien sabes—respondió Patricio, guiñando sus ojuelos de raposo.

—Pues digo, padre, que lo que aquí está pasando no se vió jamás en Coteruco.

—Hablaste, Gildo, con verdá.

—Que el trabajo que llevamos es mucho trabajo para cristianos que tengan todavía un poco de vergüenza.

—¿Eh!...—gruñó Patricio frunciendo mucho los ojos y enseñando los dientes.

—Que por mucho que el fruto sea, no paga lo que cuesta alcanzarle.

—Pura verdad, Gildo.

—Y yo pregunto ahora: ¿qué nos va ni qué nos viene á nosotros en todo ello?

—¿Eh!—volvió á gruñir Patricio, con el propio gesto de antes.

—Que para quién trabajamos usted y yo.

—¿Todavía no lo has conocido?

—Creo que no, padre.

—Pues para tí y para mí, simple.

—No lo entiendo.

—Bien á la vista está.

—Don Gonzalo cree que se trabaja para él.

—Ya sabes que á don Gonzalo le faltan la mitad de los sentidos.

—Lucas piensa que es para «la causa de la libertad.»

—Lucas no está ya en Zaragoza por un milagro de Dios.

—Y el que más y el que menos de los de afuera, jurará que no nos guía otro aquél que hacer daño á don Román.

—¡Bastante me importa á mí don Román, por sólo ser don Román!

—Pues usted dirá ahora.

—Digo que tú y yo estamos jugando en esta comedia una fortuna.

—No alcanzo á verla.

—Ya lo verás en cuanto venga lo que se está armando por el mundo... y vendrá, según papeles cantan y noticias corren.

—¡Tatatá!...

—Niega lo que quieras, Gildo; pero suponte, por un caso, que es verdad.

—Supongo.

—Lucas no es hombre de caber en Coteruco tan aína como los ensalzaos trunfemos... Todo lo que él dice en contra y sobre mejorar el pueblo y el valle, es pantomina y embuste, que yo no trago... ni tú tampoco.

—Corriente que no.

—Tenemos á Lucas fuera de combate. Pus évate con don Gonzalo. ¿Crees tú que este hombre sabrá, en jamás de los jamases, hacer cosa en concierto sin nosotros?

—Mucho puede la autoridá que irá á sus manos.

—Onde no hay cabeza, Gildo, no hay que temer. De modo y manera, que vendrá á quedar la cosa entre tú y yo.

—Pero si Lucas no se va...

—Aunque se quede, y aunque don Gonzalo llegue á discurrir de por sí solo, que no lo creo, ni el uno ni el otro son quiénes para mover á

esta gente. ¿Qué han hecho ellos hasta hoy al respetive de eso? Menos que nada: pedricar el uno medio en latín, y cerner el otro la levita, con más miedo que vergüenza. ¿Quién ha arrancao estas gentes de la cocina de don Román y del respeto de don Frutos? ¿Quién la ha corrompido en tres días, hablando la verdá? Ese pico tuyo y esta agudeza mía, aunque mal me esté el decirlo... Y el día que el dinero de don Gonzalo ó la palabrería de Lucas quisieran reclamar para ellos el vecindario de Coteruco, ¿qué han de poder contra nosotros, que hemos sido capaces de arrancársele á don Román, que tiene dinero, talento y corazón para medio mundo? Desengáñate, Gildo: onde quiera que á tí y á mí se nos ponga, al trunfar la que se está armando, siempre seremos los amos de Coteruco.

—Pues pinte usted el caso.

—Píntole. Más arriba ó más abajo, yo he de estar en el ayuntamiento y tú has de ser secretario, ó Carrascosa se ha de ajuntar con el Pico de los Cabrales.

—No está mal pensao, padre, ni, mirándolo bien, sería cosa del otro jueves.

—Aunque lo fuera, Gildo... y voy al caso. Tú sabes muy bien que á mí me conviene echar á la lumbre algunos papeles que andan en poder del depositario de fondos... cosas de mis arbitrios y trapisondas; papeles que siempre

están clamando contra mí, por si debo ó no debo... ¡Qué ocasión para quemarlos!

—Si no le sucede á usted lo que la última vez que fué concejal...

—¿Que no pude echarlos mano, por más que hice?

—Justamente.

—¿No ves, tonto, que este ayuntamiento no ha de formarse como los otros, sino en barullo y vocerío, y que, motivao á la zambra que yo cuidaré de armar en su hora, se dará por bueno y por corriente lo que en eso y otras cosas se encuentre entero y en su sitio?

—Ya me hago cargo...

—¡Pues dígame el *Sel* de la Tejera, que, echando por corto, pasa de doscientos carros!

—¿Piensa usted apandársele, padre!

—Siempre le tuve entre los dientes, hijo mío... ¡Si es el avío de un pobre!

—En todo caso, saldría á remate.

—¡Inocente!... En esas jaranas, los pueblos tienen horror de gastos; y como el Gobierno tardará mucho en meter en caja el barullo, cada ayuntamiento buscará sus arbitrios, que en su día se darán por buenos, por la cuenta que tendrá á los de arriba, que estarán en igual caso que nosotros. Pido yo, en bien de los pobres, que se venda el *Sel*, ó que se *immortalice*, como habla Lucas; y á puertas cerradas me quedo

con él, á cuenta de débitos que tendrá el ayuntamiento conmigo, por esto ó por aquello, que yo arreglaré campantemente... y á otra cosa.

—Pero como no ha de estar usted solo en el ayuntamiento...

—Como si lo estuviera, Gildo, para el caso.

—Dudo yo que don Gonzalo, que de seguro estará, se deje engañar como los melenos de afuera.

—Don Gonzalo se dará por muy servido en que yo le consienta apandarse el monte que está detrás de su casa, y le conviene para ensanchar la posesión.

—Pintar, bien lo pinta usted, padre.

—Habas contadas son éstas, hijo: yo te lo aseguro... Y ¿qué me dices, Gildo, del platal de esta gente que, para la fecha del caso, andará sin pies ni cabeza?

—¿Qué platal es ese, padre?

—No me negarás, hijo, que esta recua de bestias, que por un vaso de vino y cuatro mentiras mal hilvanadas, han perdido las Indias que tenían á la vera de don Román, andando los días han de dormir la mona en las callejas, y así han de jalar del mango de la herramienta, como yo bendecir de Padre Santo. Y has de ver, Gildo, entonces, cuando no tengan pan que llevar á la boca, y la mujer pida el de cada día, y el hijo un trapo para abrigar las

carnes, y la contribución lo suyo, vender una finca por un mendrugo, y firmar, entre sorbo y sorbo, ochenta pagaderos con la hacienda, por ocho recibidos de presente, para salir del ansia del apuro... ¿Te enteras, Gildo?

—Me entero, padre... más de lo que quisiera.

—¿Ahora te pasas y antes no llegabas?

—Es que no creí que iba usted tan lejos.

—Y ¿qué te duele en ello, ángel de Dios?

—Duéleme el pensar que no es honrao traficar con la desgracia del vecino.

—¡Honrao!... ¿Y lo es todo lo que estamos haciendo tú y yo de algún tiempo acá?

—Por ahí me dolía á mí cuando empezamos á hablar.

—Pues, hijo, ya es tarde para echarse atrás. Y ya que la casa se quema, calentémonos á ella; y lo que tú y yo no cogiéramos, otro lo aprovecharía... y, por último, ni tú ni yo tenemos la culpa de lo que pasa; mandados somos, que no mandadores.

—Pues si en eso no pensara yo, ¿cree usted que mi conciencia!...

—¡Conciencia!... ¡Ay, Gildo, qué poco sabes del mundo! La conciencia es según que se la trata: míjala mucho, y no te dejará sosegar con quejas, de día ni de noche; olvídate de ella, y no dirá siquiera «esta boca es mía.»

—¡Buena está esa cuenta!

—No se echan otra los hombres de bien, en estos casos. Por lo demás, Gildo, todos quisiéramos hacer el agosto sin segar la mies; pero no hay tortilla sin cascar huevos... Así es el mundo, y así ha de ser hasta que fenezca: unos cuerda, y otros pescuezo; y si lo quieres más claro, diréte que hasta falta á la ley de Dios el que, pudiendo ser araña, se contenta con ser mosca.

—Pero estos infelices que no tienen culpa ninguna, ¿por qué han de pagar por todos?

—Porque nacieron para eso, Gildo, como la mies para el dalle. Esos infelices, aquí y en Ingalaterra, son el río que revuelven de vez en cuando, para matar el hambre, cuatro pescadores necesitaos. Ni punto más, ni punto menos. Atente á ello, hijo, y considéralo bien; considera lo que semos y lo que podemos ser en el día de mañana, y ten confianza en tu padre, que él te dirá quién es cuando le veas bracear en medio del remolino... Y vamos ahora, muchacho, á discurrir el modo de dar el golpe que ha de acabar de atontecer á estas gentes, y de cortarles toa retirada.

—Usted dirá, padre.

Mas como lo que se trató en esta parte del diálogo no nos importa gran cosa, echo aquí la cortina para que el lector descanse unos instantes, ínterin se preparan los actores, que han de salir vestidos de gala en el capítulo siguiente.



XVI.

EL FESTÍN.

REFLÉXIONÉSE un instante sobre lo que significa guisar una becerra, por pequeña que sea, y un carnero, aunque no peque de grande, y servir la masa resultante, en múltiples y variados condumios, á sesenta convidados, en una taberna de aldea, con su ajuar mezquino y á mucha distancia de un mercado en que surtirse de lo más indispensable para cumplir tan difícil cometido, y se comprenderá lo que se revolió en Coteruco desde ocho días antes del acontecimiento.

La Semana Santa fué un incesante escándalo. Por de pronto, el pueblo entero estuvo pendiente del festín de la Pascua; y público fué que no cumplieron con ella muchísimos de los que jamás habían faltado á este precepto; como lo fué también, con asombro de propios y extraños, que el Ayuntamiento no tuvo á bien

acercarse al confesonario, quebrantando así la tradición inalterada en Coteruco desde que los nacidos se acordaban. Por ser muchos los solicitantes, hubo siempre que sortear entre ellos doce rollizos mocetones que cargasen con los dos *pasos* de la procesión del Jueves Santo; pues en la ocasión de que se trata, á duras penas, y muy rogados, halló don Frutos ocho, harto desiguales y no muy forzudos, que cargasen con la Oración del Huerto y Jesús atado á la columna, cuando al tabernero se le estaba brindando, para ayudarle, lo mejor de cada casa... ¡Qué más! hasta Toñazos el de la Callejona armó de mala gana el esqueleto del Monumento, dejándole inseguro y desnivelado porque tuvo que invertir toda la semana, complacidísimo, en arreglar con tablones, parte de ellos arrancados de sus propias pesebreras, la mesa del festín en el piso alto de la taberna. Díjose también que el mayordomo de la Iglesia no trabajó lo necesario para buscar las mejores colchas para el Monumento; y es averiguado que por no haberse atrevido á pedírselas, como de costumbre, á don Román, ni á encarregar á Magdalena el adorno de la almohada de la Cruz, estuvo aquél deslucido como nunca.

Todos los afanes eran para la función de la taberna; el mismo Juan Antón prestó tres fuentes y un caldero estañado; Chisquín, dos car-

gas de leña; Gorión, cuatro sillas y seis platos; y Carpio, una sartén y tres cazuelas. No se citaba un solo tertuliano de don Román que no hubiera contribuído, ó no estuviera dispuesto á contribuir con algo, siquiera consistiese en trabajo personal, para el mayor lucimiento de la anhelada fiesta. De este grupo fueron la mayoría de los invitados al regodeo, no tanto por su fiel asistencia al partido, cuanto por razones *políticas* que se le alcanzarán fácilmente al lector. Pero había otros tantos de ellos, y muchos más de los otros, que andaban á la husma del festín, persuadidos de que habría salsa para todos; de manera que nadie se negaba á ayudar al tabernero en sus preparativos.

Por tres juegos habían perdido la batalla Patricio y Barriluco; pero nadie creía que la pagaban ellos, desde que se supo, á última hora, que se aumentaba el agasajo con dos calderadas de arroz con leche. El nombre de don Gonzalo había dado en sonar con tal motivo; y como Patricio no mostraba gran empeño en negarlo, y hasta había declarado la verdad á un par de amigos, «en confianza,» tomaron mucho cuerpo los rumores y alcanzó con ellos gran auge el indianete, no poco alzado ya en la opinión pública durante la cuaresma.

Cada vez que Rigüelta le visitaba, procuraba ir acompañado de alguno de *la otra casa*, pa-

ra que le rindiera pleito homenaje. Así fué viendo en la suya don Gonzalo á los principales tertulianos de la cocina de don Román. Pero acontecía á menudo que, para demostrarles Patricio que podían pasarse muy bien sin la protección que habían perdido, presentaba un necesitado al vanidoso hijo de Bragas, excitándole á que le socorriera; lo cual no le agradaba tanto como los sahumeros, pues con ello iba saliéndole muy cara la conquista del suspirado predominio.

Prueba fué á sus ojos del que iba adquiriendo, la solemne invitación que se le hizo á que tomara parte en el banquete... ¡como si no le pagara él de su bolsillo! Agradecióla en sumo grado el mentecato; pero creyó muy político aceptarla, aunque con la promesa de no privar por entero de su bizarra presencia á los comensales.

Fueron éstos más de sesenta *en propiedad*; pero cerca de otros tantos los pegadizos que rodeaban la mesa y comían, de pie, de lo que sobraba, que era mucho, y bebían de lo que abundaba en jarros y botijos sobre la mesa, debajo de ella y en cada rincón de la sala. Al olor de lo de arriba, llena estaba también la parte baja de la taberna. Bebíase allí mucho, aunque á expensas propias, y no poco se pellizcaba de los guisotes que subían y de las

sobras que bajaban en jirones tibios y manoseados.

Como estaban abiertas puertas y ventanas, y aun así no se podía respirar en aquella pocilga, y se gritaba mucho arriba y se hablaba muy recio abajo, las inmediaciones de la taberna estaban llenas de muchachos que de vez en cuando se dispersaban por el pueblo, llevando á hogares y corrillos noticias detalladas de cuanto pasaba y se decía en el banquete. De este modo, puede asegurarse que todo Coteruco asistió á él.

Empezó al mediodía del domingo; y á las cinco de la tarde, deglutida la becerra á fuerza de vino, descuartizóse el carnero, que exigió, para atravesar los esófagos rendidos, nuevos auxilios del jarro. Los comensales más valientes empezaron entonces á perder la serenidad; y como los muchachos de afuera continuaban su espionaje, nadie ignoró en el pueblo cuántos y quiénes de los concurrentes al festín rodaban á aquellas horas por el suelo, ó roncaban sobre la mesa.

De entre los más serenos escogió Patricio tres, y con ellos pasó á invitar á don Gonzalo y á Lucas á tomar el arroz con leche que iba á servirse. También esto se supo inmediatamente en el lugar, como se supo que habían aceptado la invitación los dos caballeros; que aca-

haban de entrar en la sala, en medio de un estrépito de voces roncadas y destempladas; que el alcalde, que ocupaba la cabecera de la mesa, se la había cedido á don Gonzalo, y que Patricio había colocado enfrente de él á Lucas. Era la pura verdad.

El Estudiante tomó en su diestra un vaso mugriento, lleno de vino tinto, y alzándole sobre su cabeza, brindó por la unión de aquellas gentes, prenda segura de la prosperidad futura de Coteruco, si no se apartaba de la buena senda que había emprendido. Contestáronle eructos, restregones y bramidos. En seguida brindó don Gonzalo con las mismas ideas de Lucas, y, á propuesta de Patricio, saludósele con un *¡viva el señor de la Gonzalera!* que fué tanto como alzarle sobre el pavés, allí donde no había sino tarteras de barro mal cocido.

Sirvióse luégo á los dos señores copiosa ración de arroz con leche, la cual probaron por corresponder á la fineza; y con el pretexto de no dar motivo á los *malévolos* para interpretar torcidamente el hecho de su presencia allí, retiráronse al instante. La verdad era que aquello les daba asco y, aunque obra suya, les infundía cierto miedo.

Patricio, al verlos salir, dijo, mascando á dos carrillos:

—¡Esto se llama, caballeros, parcialidá y

estimación de veras! ¡Ésta es la verdadera gente de saber y de posibles, y el sol que alumbra y da calor á los pobres! Yo vos digo que seréis unos desagradecidos si no los ponéis en las niñas de los ojos, como á padres y superiores de vusotros... ¡contra todo viento y á toda resistencia!... ¡del insuncorda mesmo que se pusiera por delante!

Levantóse aquí, no sin trabajo, Chisquín Bisanucos, el niño mimado de *la otra casa*; hizo algunas tentativas de discurso; y no pudiendo compaginar cosa con orden ni sentido, dijo balbuciente:

—Otorgo al auto.—Y desplomóse.

Gildo se alzó luégo, en un extremo de la mesa, rojo el semblante, deshechos sus rizos, suelto el cuello de la camisa y desatacados los pantalones y el chaleco. Tomó el asunto donde lo dejó su padre, y gritó desafortadamente:

—Siempre he dicho yo que donde están las obras no valen tres cominos las palabras. Pues ahora vos digo que llegó la ocasión de que se vea quién es hombre como Dios manda, y quién un chafandín de pantomina; quién va por los caminos regulares, y quién ha venido aquí por el solo aquél de llenar la panza.

—¡Hombre soy como el que más!—dijo á esto, con voz de trueno, Juan Antón, sin levantarse.

—¡Repito al consonante!—añadió Toñazos oscilando.

—¡Lo mesmo estipulo!—balbució Carpio.

—¡Al ítem declaro!—dijo Gorión, hecho un pellejo.

—Se verá en su hora—continuó Gildo;—y por la buena voluntad, que corra el vaso, si mal no vos paece.

Y corrió el vaso, y corrió la noche; y Barri-luco y Facio y Polinar, con cuyas respectivas chispas se contaba para alegrar el festín, no levantaron cabeza desde las primeras horas, ni cosa más divertida hicieron que dar manotadas en la mesa, reirse como idiotas y cantarriar indecencias.

Al rayar las diez, cuando los comensales de arriba iban apaciguándose y los concurrentes de abajo disminuían, y quedaban libres de curiosos los alrededores de la taberna, tomó el festín un aspecto enteramente nuevo. Las mujeres de los que, según noticias fieles, no podían rascarse ya, invadieron la sala del convite. Unas llorando y otras maldiciendo, todas intentaban sacar de allí á sus maridos. Entre éstos los había de *buen vino*, y tomaron el lance á broma, y aun algunos de ellos lograron calmar á sus affigidas y escandalizadas mujeres... y hasta verlas sentadas á su lado saboreando el pecaminoso trago. Otros, más bravíos, recibie-

ron las amonestaciones con denuestos y amenazas serias; pero todos, blandos y duros, convinieron unánimes en que no podían retirarse á dormir, porque faltaba lo mejor.

Y lo mejor fué que, obedeciendo una orden súbita de Patricio, se levantó la gente como pudo, abandonó la sala, y unida á los bebedores de abajo ¡que también estaban buenos! echóse en tropel á la calle, aquí tropezando el débil, cayendo allí el muy cargado, y los más firmes pisando con mucha dificultad, pero todos gruñendo ó vociferando, en estridente y desacorde algarabía. Parecía aquello una piara de cerdos despeados, conducida por pastores energúmenos.

Así llegó la turba, un poco mermada por los que iban quedándose en el camino, abrumados por el peso de la borrachera, á la plazoleta de don Román. Muchos entraron en ella sin darse cuenta de lo que hacían; algunos hubieran jurado que se hundía el terreno bajo sus pies, y nadie estaba libre de cierto temor delante de aquella mole sombría que se alzaba entre la obscuridad de la noche, como los fantasmas del miedo ó los monstruos de la conciencia. Pero el estruendo continuaba, siempre agitado de propio intento por los Rigüeltas, y en él se fortalecían los ánimos más débiles y vacilantes. De este modo pudo repetirse allí la ver-

gonzosa escena que se había representado noches antes enfrente de la casa de don Frutos, excepto el detalle de las pedradas, dicho sea en honor de la verdad, que se omitió no sé si por prudencia, ó por no haber brazos que alcanzaran tan lejos; pues aunque descollaba mucho el edificio sobre las tapias, estaba bastante retirado de ellas. Mas si faltaron pedradas, de sobra anduvieron las injurias, porque Barriluco y Polinar, que eran quienes debían entonar ciertas coplas insultantes é indecentes (compuestas *ad hoc*, según fama, por Gildo, y según vehementes sospechas, por Lucas), borrachos perdidos, olvidáronse del *son*, y trataron de emendar el contratiempo vomitando insultos y blasfemias que provocaban otros idénticos, entre coros de rebuznos y alaridos salvajes.

No duró mucho el escándalo, porque el ruido de una ventana que se entreabrió en el piso alto de la casa, bastó para que la turba se desbandara como si la persiguieran á tiros.

En el fondo de una calleja de las que desembocaban en la plazuela, estaban ocultas tres personas que presenciaron, á la débil claridad del estrellado firmamento, la dispersión tumultuosa. Siguiéron de lejos á los fugitivos de mejores pies, y fueron observando cómo los más borrachos iban arrastrándose hacia sus casas, ó se quedaban, cual bestias ahitas, tendidos

en el suelo. Cerca ya de la taberna, defendíase un hombre, á duras penas, de los tirones que le daba de la chaqueta, y de las súplicas que entre sollozos le hacía, su mujer. El hombre se empeñaba en entrar de nuevo en la taberna; la mujer pedía por Dios que se fuera con ella á casa, porque bastaba lo que había hecho para perdición de la familia; y así bregando y porfiando los dos, el hombre alzó la pesada mano, descargóla con ira sobre la cara de su mujer, y tendió á la infeliz cuan larga era. Los tres personajes que inspeccionaban el terreno, como los ladrones el campo de batalla después de terminada, conocieron en el hombre que tal felonía acababa de ejecutar, al antes manso, inofensivo y modelo de virtudes domésticas... ¡á Toñazos el carpintero!

Uno de los susodichos tres, se volvió entonces al que tenía á su lado, y le dijo con voz atiplada y pedantesca:

—Señor don Gonzalo, Coteruco es de usted ya. Trabajemos, ahora que ha roto las ligaduras que le oprimían, para que sea de la patria y de la libertad.

—¡Jamás creyera que tan pronto lo consiguiéramos!—respondió don Gonzalo.

—Esa es la gloria de Patricio,—replicó Lucas, señalando al tercer personaje; el cual se apresuró á responder con hipócrita modestia:

—He cumplido con mi deber, y nada más.
Y los tres se largaron á dormir, tan satisfechos y tranquilos, como si no fueran, cada uno á su modo, merecedores de un grillete.



XVII.

MÁS LEÑA AL FUEGO.

CURRIÓ al otro día lo que era de esperar: los antes adictos á don Román, que habían asistido al banquete, no estaban aún bastante corrompidos de alma para meditar sin remordimientos sobre lo que habían hecho y dicho la víspera. Hasta entonces, desde que dieron en ir á la taberna á presenciar las peripecias del famoso partido, sostuviéronlos, contra las protestas de la conciencia, el atractivo del espectáculo, la golosina del jarro y, sobre todo, la esperanza del gran acontecimiento pascual. Pero éste había pasado, y nada veían por delante, cuyo saboreo les endulzara las amarguras de los recuerdos.

Los más borrachos en el festín se afanaban al día siguiente por saber de sus mujeres qué habían hecho ellos durante la noche, desde que salieron de la taberna hasta que se fueron á